

EL DRAMA DEL PINTOR MODERNO

HECTOR SGARBI

VENIDO de lejanas playas, cargando todavía sobre sus espaldas el peso de la tragedia pasada, y con sus ojos que aún parecen dudar de la verdad de su triunfo, Héctor Sgarbi, con su gran exposición de pintura nos pone, de llano, sobre lo que vamos a llamar el drama del pintor moderno.

No queremos formular juicios críticos, que quizás resultaran confusos al tratar de apreciar el valor intrínseco de toda su variada pintura. Puestos los ojos en el artista, desde que dejó sus lares; y siguiéndolo en su porfiado itinerario de pintor, vamos a analizar las difíciles andanzas de su vida. —vida y arte— para mostrarlas como una estampa del dramático vivir de todo artista moderno.

Frente a dos dramas se encuentra nuestra meditación; dos dramas que se entrelazan y se confunden en un solo drama. El drama del esforzado vivir; y el drama del angustiado crear.

Vivir y crear, atando fuertemente la vida y creación, para hacer del cuadro una obra de arte; y levantar el pulso de las horas vividas a la jerarquía de una cosa artística.

Es el destino el que ha puesto hoy al artista en esta turbia encrucijada en donde le impone la necesidad de moler su vida en el mismo mortero de la creación artística. Y fué un destino dominador, allá en las zonas manchadas por la guerra, el que marcó con su signo de tragedia la vida de los artistas. O vivir la vida verdadera; o quedar al margen, en el aislamiento y el derrotismo, volviendo cosa muerta todo lo que aspira a darse por la creación pictórica.

Si tomamos en su desarrollo integral la vida del artista —y toda vida humana traduce el ineluctable drama de las horas vividas— ella se desenvuelve en una cuenca dramática. Todo —imaginación, sueños, voluntad incierta, pasión desbordada, desprendimiento de las cosas materiales, repugnancia por los modos gastados, ambición de gloria —empuja al artista hacia las horas dramáticas. Algunos —muchos quizás— inundan toda su vida de ese drama, y presas del ensueño, no alcanzan a arrancar por encima del drama, la obra perdurable. Otros la dan a medias, en el bosquejo o el tanteo que no avanza. Otros, gloriosos, salvan de sus horas desiguales el tesoro de una obra que permanece.

Vayamos al caso de Sgarbi. Joven, muy joven, inicia el primer acto de

su drama con el ansiado viaje a Europa. ¿Lo veis bisoño, incierto, tímido, paseando las inmensas ciudades, entrando en los fabulosos museos, solo, sin "cicerones" ni amigos solícitos, los bolsillos magros, caminando bajo el ámbito de calles y arquitectura donde todo, todo es nuevo y alucinante? ¿Lo veis con sus pocos ensayos de taller, plantado frente a la abrumadora grandeza del Giotto, de Mantegna, Tintoretto o Miguel Angel? ¿Lo veis por las calles de Florencia, y las de Roma, Pisa o Bolonia, dejando entrar por sus ojos toda la maravilla circundante, y oyendo en su interior una voz chiquita, tímida, vacilante, apagada, que le reclama su obra, su obra, con la que tanto ha soñado? ¿Lo veis pasar a París, y enredarse en ese laberinto de belleza, que es el Louvre; y después salir por las calles y descubrir en las galerías innumerables una pintura distinta que aspira a ser grande como la de los museos, y que se deshace en inmensa ambición frustrada? ¿Lo veis recorrer academias y talleres; y hablar inciertamente con un discípulo, manchar la primera tela, esperar la palabra del "maitre"; y salir solo hacia el cuartito de la bohardilla; y un día, en un paseo o en el bulevar hacer el encuentro con la amiga igualada que ofrece París, y poder estar, de a dos los sueños y los desvelos? ¿Lo veis cuando se acaba la beca —que nunca fué generosa— y se van los "sous" de los bolsillos gastados, economizar el pan y suplicar el trabajo, para no apresurar la vuelta al terreno hasta no haber arrebatado los secretos de la tierra nueva? ¿Lo veis resolver su vida, heroicamente y en silencio, resuelto a vivirla como vengas, victoriosa o abatida, con hambre y frío, en las interminables horas de la resistencia? ¿Lo veis apartando la tentación de acercarse al prepotente vencedor, que puede darle todo lo que le falta, pan, abrigo, fuego y dinero; y esforzarse en la vida oculta y de sacrificio, por acercar su lumbre junto a la lumbre de los "maquis". ¿Lo

veis, bajo las horas del odio callado, cuidando la llama de su creación, después de haber llenado metros y metros de telones, para ganar el amargo sustento? ¿Lo veis en todos estos pasos en la sombra, escuchando los horrores del diario sufrir, y sacando un pedazo de tela, un papel de un "affiche", una hoja suelta, para anotar viva y palpitante la emoción vuelta colores, que clama por nacer desde su alma?

Nos es difícil imaginar los distintos trances de este vivir de Sgarbi, a tono con el más dramático vivir de Francia. Pero allí reside el primer drama de su vida de artista: vivirla. Vivirla hondamente, hasta el fondo, en el instante más profundo que le ha tocado vivir a la humanidad. Paralelamente, mientras todo esto apretaba su cuerpo y su alma, allá en lo más hondo de su espíritu se desarrollaba el otro drama del pintor: el drama obsesionante por encontrar su palabra, su emoción, su verdad perseguida. Por una parte, la sabia lección de los museos; por otra, el llamado confuso de las escuelas en boga. La realidad de un lado: la flor, el árbol, la mujer en su sublime desnudez, el paisaje, el retrato del amigo. Por el otro lado la abstracción en su empeño en hacer nueva, distinta y penetrante la verdad estética. Dulce trasposición a la tela de la dulce realidad que descubren sus ojos. Avida búsqueda de arabezcos y planos, encerrados en una complicada geometría, para el difícil goce. La naturaleza y el teorema gráfico. El taller de la vida, y el laboratorio de la idea. Y siempre la presencia gris de la duda, agorera, como el cuervo de Poe, plantando sus garras sobre la cornisa del cuadro, para decir, en horas de desaliento, su amargo "Never more". ¿Cuál es la verdad? ¿Cuál es la mentira? Charlas de corrillo, entre artistas pedantes, demoliendo glorias y levantando glorias efímeras. Frases graves de los maestros, los que dan lecciones desde sus talleres y los que exhiben en los Salones. Críticas profusas, con un embrollo

metafísico para animar una pintura alejada de la vida. Y la misma vida gritando su verdad desde las casas y las calles, mientras la pintura se esfuerza en mostrar su jeroglífico plástico, para el reducido número de los elegidos. Perpetua oscilación para vivir al día, o para perseguir la cosa propia. De repente, un llamado sincero de la verdad, ante el torso desnudo del modelo; después la artera geometría pretendiendo superar esa palabra de suavidad, con la aspereza de sus contornos y de sus ángulos. Realidad y abstracción. Naturalismo y matemáticas.

Es ese el segundo drama —el primero en su intensidad— que vive el artista en la persecución de su destino. El otro, el drama de su vida cotidiana, lo envuelve, lo aprieta. Pero hay armonía, luz, belleza, hay verdad cuando estos dos dramas son uno solo, como en Sgarbi. Y cuando el grito que llega desde la calle no choca contra la torre de marfil en un aislamiento para que suenen más fuerte las voces interiores.

No siempre se une la carne y el sueño en este drama dual; y el artista se resuelve por vivir o uno u otro drama aisladamente. Entonces se produce la ruptura inevitable. El drama puede tener los más fuertes contornos en la vida, solamente vivida; pero la cosa de arte se muere. O acaso se provoca un apartamiento de la vida, y abroquelado en su indiferencia el artista se empeña en salvar su obra. Y aquí tampoco la salva, porque su obra muere. Porque sin ese enlazamiento con la vida, todo lo que produzca, malgrado fama, honores, críticas y pagas, es también cosa sin vida.

En Héctor Sgarbi —y ese es su gran triunfo— se une, drama de la vida a drama del arte. Aquel drama pasó ya por su momento álgido, y sin estar terminado —¿qué le reserva al artista su vida apasionada?— seguirá su curso. El drama de su arte está recién iniciado. La duda muere su espíritu. Oscila de un polo de realidad, cálido y pujante, a un polo de abstracción, complicado y difícil. El péndulo se mueve, y quizás por un tiempo siga de derecha a izquierda. Pero sabemos que toda esta experiencia artística, vivida en el doble drama de sus diez años de alejamiento, ha enriquecido sus caudales artísticos. Y podrá definirse en su hora, y darnos un día no muy lejano, su obra de verdad, aquella en que su espíritu creador alcance la mayor altura que el destino ya le tiene marcada.

Escribe C. A. HERRERA MAC LEAN

Especial para "MARCHA"